

El Fenómeno Profético

Los judíos dividen su Biblia en tres partes: Ley — Profetas — Escritos; Torah - Nebiim - Ketubim, que abrevian como Tanak. No nos debe extrañar demasiado esta denominación. En varios textos del Nuevo Testamento se alude a «la ley y los profetas» para referirse a lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento (Mt 5,17; 5,12; 11,13; 22,40; Le 16,16, Jn 1,45; Hch 13,15; 24,14; 28,23; Rom 3,21). Sólo en una ocasión se cita la denominación casi entera: «todo lo escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de mí tenía que cumplirse» (Le 24,44; cf. Jr 18,18).

Más extraño nos resulta el ámbito de la parte «profetas», que ellos dividen en «anteriores» y «posteriores». Profetas anteriores son los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Mientras que los profetas posteriores son los libros que nosotros identificamos más espontáneamente como tales y que ordinariamente se dividen en mayores (Isaías, Jeremías y Ezequiel) y menores (los doce: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías). Todos estos libros llevan nombre de persona, excepto Jueces y Reyes, que llevan el del título colectivo.

En el presente volumen, tras una referencia al profetismo de los pueblos circundantes de Israel, nos vamos a referir únicamente a los profetas posteriores y los trataremos de modo cronológico, no en el orden canónico en que suelen aparecer en nuestras biblias. De los profetas anteriores sólo nos ocuparemos en cuanto sean necesarios para referirnos a los orígenes del profetismo, ya que se tratan directamente en un volumen de esta colección.

I EL PROFETISMO EN OTROS PUEBLOS

No es Israel el único pueblo que confiesa tener un modo de acceso a los planes de la divinidad, si bien no todo acceso a esos planes tiene características proféticas (así p. ej. el representado en la Ley). Se han buscado muchas veces paralelismos entre el profetismo y la mántica, el éxtasis, la adivinación o la magia; probablemente porque se ha visto en el profeta la única figura de la religión israelita que pudiera tener algún rasgo del «hechicero de la tribu». No parece que deba investigarse en esa dirección, pero también es cierto que una comparación con algunos fenómenos similares que se daban en religiones cronológica y geográficamente vecinas pueden iluminar las características específicas del fenómeno profético israelita.

Además los mismos hebreos han reconocido el hecho profético fuera de los ámbitos de su propia religión y cultura; prueba de ello es la asombrosa figura de Balaán, moabita que pronuncia oráculos del Señor (cf. Nm 22-24). Ya de entrada, y sin adentrarnos siquiera en el enorme valor teológico de tal reconocimiento, deberemos señalar que se trata de un hecho único (se cuidan bien de llamar «magos» a los taumaturgos egipcios en Gn 41,8.24; Ex 7,11.22; 8,3.14.15; 9,11) y que es el Señor, no otro dios, quien se manifiesta por su medio. Quiere esto decir que el ejemplo de Balaán no es más que una excepción, pero muy significativa.

De todos modos, el rastreo de los elementos proféticos en las culturas vecinas de Israel ha estado motivado más por el deseo de llegar a las raíces históricas de la profecía israelita que por la búsqueda de especificidades. El problema radica en el hecho de que pretendemos confrontar dos realidades no demasiado bien conocidas. Se siente el pesimismo de algunos investigadores al concluir que sobre los orígenes del profetismo israelita no se puede afirmar nada con seguridad. Otros, sin embargo, piensan haber encontrado evidentes pruebas de contacto entre el profetismo israelita y lo que llaman «profecía» en los países vecinos. Para muchos, la sola pretensión de comparar a los profetas de Israel con otros fenómenos extrabíblicos suscita escándalo, porque lo consideran fenómeno exclusivo del Antiguo Testamento.

1. Profetismo en Egipto

Los llamativos descubrimientos que sobre el mundo egipcio tuvieron lugar a comienzos del presente siglo, impulsaron una entusiasta corriente de comparación con el mundo hebreo y la consiguiente lista de opiniones contrarias; se llegó a pensar que el profetismo había nacido en Egipto. E. Meyer es un reconocido representante de la relación de dependencia. H. Gressmann prudentemente distingue entre analogías y dependencias. A fin de cuentas es solamente en Egipto en donde se encuentran oráculos correspondientes a los de los profetas de Israel, y pueden ser considerados como sus modelos originarios⁷. G. Lanczkowski se adhiere sin más a la tesis de Gressmann, que sigue considerando actual⁸. Trata de buscar lo constitutivo del profetismo. La experiencia personal de Dios en los profetas es para él uno de los criterios diferenciales. Esto le induce a reconocer como profeta a Zaratustra, afirmación todavía muy discutida. E. Sellin se manifiesta en contra de todo influjo y parentesco entre ambos. G. Hoelscher rechaza también la conexión porque, según él, el rasgo típico de la profecía hebrea es el éxtasis, que falta entre los egipcios. H. Bonnet se manifiesta netamente contrario a la admisión de una profecía egipcia⁹. S. Herrmann pasó revista a todas estas teorías, intentando un balance. A su juicio, una postura negativa sobre la literatura profética egipcia no quita nada del interés literario de sus textos. La profecía bíblica tendría mayores afinidades con las corrientes siromesopotámicas que con la egipcia, pero no se puede excluir definitivamente una influencia de Egipto. En Egipto son los trastornos profanos los que conducen al reconocimiento de un orden superior perturbado. En Israel, por el contrario, la ruptura de relaciones con Dios conduce al trastorno de lo profano. En resumen, abundan las referencias a la adivinación en los textos hieráticos, diplomáticos y culturales. Según Neher, no pasan del nivel de magia. Ciertamente es peligroso hablar de profetismo en Egipto, porque las predicciones y los presagios no siempre tienen algo que ver con el fenómeno profético. Con todo, hay dos textos que aparentemente permiten la comparación: se trata de «la profecía de Nefer-rohu» y de las «admoniciones de Ipur-wer».

El texto del primero es contemporáneo del fundador de la XII dinastía, si bien se nos conserva en copias que provienen de la dinastía XVIII. Relata cómo el faraón Snefru, de la IV dinastía, consulta a Nefer-rohu, originario de Heliópolis, sacerdote de la diosa Bastet, y éste le vaticina que, después del desastre y de la caída del imperio antiguo, un nuevo faraón Amenis

(abreviatura de Amen-em-het I) unirá el Norte y el Sur y restablecerá el orden. De hecho, Amen-em-het I fundó la XII dinastía. Es llamativa la descripción de la desolación del país y los tonos mesiánicos que se arrogaron los fundadores del imperio medio. El segundo es probablemente de la misma época. El texto está mal conservado, pero puede comprenderse su sentido: Egipto ha sufrido una crisis, acompañada de caos económico y social. La corte se despreocupa de la suerte del pueblo. Un cierto Ipur-wer, desconocido para nosotros fuera de este texto, se presenta ante el faraón y le narra la anarquía del imperio; finalmente predice la restauración y la vuelta al orden. Las dos partes son muy claras y recuerdan los dos géneros proféticos de oráculos de juicio y de salvación. Pero todo parecido con la profecía israelita se desvanece, si caemos en la cuenta de que se trata fundamentalmente de textos dinásticos, es decir, textos que cantan las glorias del nuevo faraón, subrayando a un tiempo sus futuras victorias y los puntos negativos de la situación dejada por faraones de la anterior dinastía. Dice Neher que la escatología egipcia es política o dinástica: «La creencia en el carácter divino del faraón invita a reconocer en cada nuevo soberano al rey ideal; la descripción optimista del porvenir corresponde al elogio del faraón actual; el relato pesimista y la pintura del desastre encierran la crítica de la dinastía anterior. La profecía está al servicio de la política nacional y dinástica». Sí hay que reconocer un punto que sobrepasa lo meramente dinástico, y es el interés de estos textos por la justicia, la dialéctica bien-mal, que no es meramente casual.

2. Profetismo en Mesopotamia

a) En Asiría antigua

Las grandes civilizaciones que han ido configurando el mundo cultural de Mesopotamia (sumerios, acadios, babilonios, asirios, caldeos, etc.) han ido dejando innumerables vestigios de magia y adivinación; pero casi nada alcanza un nivel más elevado que permita usar el término de profecía. A. L. Oppenheim reúne una buena información sobre modos y técnicas de adivinación. W. W. Hallo indica que es difícil fijar la frontera entre magia y religión. Son los mismos personajes los que ejercitan la adivinación, la magia, la religión. En el vocabulario, algunos términos entran dentro de nuestro campo: el «ashipü», el «barü» y el «sha'ilü» son variantes de adivino y exorcista; el «mahhü» es el que presenta mayores indicios de acercamiento. Se trata de un funcionario real, relacionado con la divinidad y que sin recurrir a técnicas de adivinación comunica los avisos. Según algunos autores, sería un profeta extático; pero son ciertamente figuras dudosas para la investigación, tanto por el nombre como por el tipo de servicio que realizan. Los abundantes descubrimientos de textos de las culturas mesopotámicas (en la primera mitad del s. XX) animaron a compararlos sin demasiados escrúpulos científicos con la Biblia, y así surgió el llamado «pan-babilonismo», para el que todo dato bíblico tenía origen en Mesopotamia.

b) En Mari Los mejores documentos sobre la actividad del «mahhü» los encontramos en los archivos reales de Mari. Se trata de una documentación contemporánea de Hammurabi, a comienzos del segundo milenio. La importancia de la civilización de Mari proviene del hecho de que se trata de tribus arameas, antepasados de los hebreos. Una de ellas era, quizás, el clan de Teraj, padre bíblico de Abrán. Mari ha vivido, sin duda, una etapa de la emigración que

llevó a Téraj de Ur a Harrán y luego a Abrán de Harrán a Canaán. Si esto es así, no se trata de definir la relación de Mari con la Biblia, cosa que desconocemos en los detalles, sino de afirmar su conexión. Al comprobar los parecidos entre las culturas egipcia o mesopotámica con la Biblia podemos discutir la influencia de aquéllas en ésta; en el estudio de Mari nos adentramos en las «fuentes» de la cultura bíblica. Para Neher son los orígenes mismos del profetismo bíblico los que empezamos a descubrir en Mari. Las obras de Noth, De Liagre, Bóhl y Lods son las que pusieron en marcha las investigaciones sobre la literatura profética de Mari. Una obra indispensable es la de Ellermeier. En contra de la opinión de C. Westermann, no admite que la forma primitiva del discurso profético fuera el oráculo de juicio. Según él, la significación principal de los textos proféticos de Mari residía en su forma de mensaje de Dios, análoga a la de los textos proféticos del Antiguo Testamento; la diferencia radica en que el anuncio incondicional de castigo no se encuentra nunca explícito en Mari. Comparando los textos «proféticos» de Mari y del AT podemos registrar una serie de puntos de contacto y de diferencias. Tengamos presente que ambos textos están separados por un lapso de siete siglos. Hay analogías extraordinarias: primacía del mensaje oral sobre el escrito; personajes que se presentan como mensajeros de Dios; reciben los mensajes durante el culto o en éxtasis o en presencia de Dios; los mensajes divinos que portan van casi exclusivamente dirigidos al rey; unas veces le amenazan, otras le anuncian la salvación, normalmente con alguna condición. También son claras las diferencias: aun cuando critican al rey, no lo hacen nunca a fondo, con una crítica fundamental; en cuanto a la forma, sorprende la ausencia de toda acción profética; al carácter episódico del fenómeno profético en Mari, el AT opone una vigorosa tradición literaria de origen profético; el impacto profético israelita es mucho más vigoroso desde el punto de vista doctrinal, descubriendo el pecado del pueblo y poniendo en juego toda la existencia humana; tampoco encontramos en Mari una llamada a la conversión, ni rastro alguno de esperanza escatológica. De los «mahhü» puede interesar retener: a) su labor de consulta ordinaria, b) su aparición inesperada, aun sin haber sido consultados, y c) la personalidad de estos hombres de Dagán. Las reivindicaciones de la divinidad son limitadas, pero están apoyadas en la «elección» o en la «alianza» (contrato con el soberano), por lo que automáticamente se siguen la bendición o la maldición.

3. Profetismo en Canaán

En el siglo pasado, Kuenen intentó explicar el profetismo extático de los hebreos a partir de Canaán. Con todo, el profetismo extático de Canaán nos es más conocido por los documentos bíblicos que por los extrabíblicos.

II. PROFETISMO ISRAELITA

En primer lugar nos fijaremos en el vocabulario empleado. La etimología no nos conduce directamente al uso que se ha hecho del vocabulario en todos los lugares y en cualquier tiempo, pero el significado original puede ayudarnos a comprender la realidad profética y, desde luego, a hacernos olvidar las adherencias semánticas que a la palabra se le han sumado a lo largo de los siglos en la lengua española.

1. Vocabulario y etimología

Nuestra palabra «profeta» tiene origen griego (a través del latín propheta). προφήτης significa «hablar en vez de», «ser portavoz de» o también «hablar ante alguien», «hablar en voz alta», según el sentido de la preposición προ. Es utilizada frecuentemente en la versión griega del AT y en el NT. En el texto hebreo (TM) del AT se corresponde normalmente con la palabra nabí, pero también traduce a otros vocablos: hozeh, «vidente» (2 Sm 24,11; Am 7,12); roeh, «vidente» (1 Sm 9,9.11.18.19). Se usan además otras denominaciones como «hombre de Dios» (1 Sm 9,6), «soñador» (Dt 13,2), etc., pero el vocablo más usado es sin duda nabí.

¿Qué significa? Hoy es generalmente aceptada su etimología de la raíz acadia «nby», que significa llamar, convocar. La forma hebrea sería pasiva, por la secuencia vocálica «a-i», reconocida en otros vocablos como masiah, nagid, etc. De modo que etimológicamente significaría «llamado», «convocado» al consejo de Dios o para una vocación o misión concreta.

2. Uso del vocabulario y funciones proféticas

A partir de los datos bíblicos, se da una gran variedad en el uso de la palabra nabí y en las funciones que supone. Un nabí manifiesta elementos de éxtasis, mientras otro se presenta como mediador de la palabra; uno predica, otro entona un himno o promulga las maldiciones de la ley; uno consulta a Dios, otro es taumaturgo, otro es claramente intercesor entre Dios y el pueblo; unas veces actúan en grupo, otras de forma individual.

a) Antes de la entrada en la tierra prometida

Sólo tres personas son nabí en el Pentateuco: Abrahán en el momento de interceder (Gn 20,7; E), Aarón como portavoz de Moisés (Ex 7,1; P) y María, la hermana de (Moisés y de) Aarón, cuando entona el canto de victoria (Ex 15,20; E). Moisés mismo es mayor que cualquier profeta, porque ve a Dios cara a cara (Nm 12,6-8; E; Dt 34,10). Que el profetismo es institución de Dios y está provocado por su Espíritu, queda claro en Nm 11,25-27. En este texto se usa el verbo «profetizar» para expresar la acción que produce el espíritu del Señor en los setenta dirigentes que iban a ayudar a Moisés en el gobierno del pueblo (cf. Ex 18,13-27). En Dt 18,9-22 se encuentra la ley sobre los profetas, válida para cuando el pueblo haya entrado en la tierra prometida y ya no esté Moisés: el nabí auténtico sucederá a Moisés en cuanto portavoz del Señor y su palabra se cumplirá. Debemos tener presente que todos estos textos corresponden, al menos, a la época monárquica (excepto el cántico de María, aunque no en su introducción Ex 15,20), por lo que es fácil suponer un uso anacrónico del vocablo, si bien no tanto de la función que designan. Es posible que el término nabí tuviera algo que ver en su origen con la música, el éxtasis o la palabra del portavoz.

b) En la tierra prometida

Conquistada la tierra, el uso de nabí adquiere toda su complejidad y resulta más habitual. Profetisa se llama a Débora en Jue 4,4, pero no sabemos si por sus acciones salvadoras, por nombrar un juez o, como María, por cantar (Jue 5). Samuel, entre otros varios títulos (cf. 1 Sm

9), recibe también el de nabí (1 Sm 3,19-20; cf. 9,9). Es aquí donde aparecen unos grupos proféticos que reciben el nombre de nebiim o de bené hannebiim. Con mayor o menor frecuencia, el vocablo en singular, con artículo y con un nombre propio suele designar un oficio. Pero como el uso de nabí adquiere en este tiempo toda su riqueza, es el momento de presentar, aunque sea de manera sucinta, una historia del término.

3. Esbozo histórico del término «nabí»

La denominación de «profeta» en la Biblia se encuentra ya en el Pentateuco. Partiendo de la hipótesis de las diversas tradiciones, el término se hallaría sobre todo en textos de origen israelita (tradicción elohista, proveniente del reino del Norte, E) y en textos exilíeos (tradicción deuteronomista o sacerdotal, D, P). Para hacer la historia del término de manera completa deberíamos fijarnos fundamentalmente en los libros denominados «profetas anteriores», intentando desde ahí descubrir su evolución. Pero dada la complejidad de las hipótesis sobre la historia literaria de estos libros, es inevitable proceder en muchos casos a tuestas. Por otro lado, es difícil marcar etapas nítidas en cuestiones de historia: usos o actitudes de una época prosiguen en la siguiente; pasos dados en un lugar tardan bastante en producirse en otros. A pesar de todo, el intento merece la pena y puede dar fruto. Sobre todo, nos hará distinguir épocas y lugares, y nos permitirá vislumbrar diferencias de uso muy notables, hasta el punto de descubrir, por ejemplo, que Natán no fue profeta en el mismo sentido que Jeremías.

a) «Nebiim»: grupos proféticos

• Antes de la monarquía unificada

En un primer momento parece preponderar dentro del mundo profético el funcionamiento en grupo. No aparecen en las tradiciones de la conquista (libro de Josué), ni en las del tiempo de los Jueces, pero en los libros de Samuel los nebiim se presentan como grupos ambulantes extáticos (1 Sm 10; 18; 19; cf. Nm 11) o, en todo caso, como hombres que viven en grupo (1 Sm 19,20). Utilizan normalmente la música como medio para lograr el éxtasis (1 Sm 10,5; cf. 18,10; Ex 15,20; 2 Re 3,15). No pronuncian palabras inteligibles o que merezca la pena haberse conservado; no son importantes por su mensaje. En ellos se descubre la actuación del espíritu de Dios (1 Sm 10,10; 19,20.23) o de Yahvé (Nm 11,29; 1 Sm 10,6), que es capaz de saltar a otros hombres y posarse sobre ellos (1 Sm 10,6.10; 19,20-21.23; Nm 11,25-26). Este espíritu se manifiesta como una fuerza incontrolable que puede ser en algunos casos mortal (1 Sm 18,10-11). Todo ello es más bien un fenómeno típico de los profetas de Baal; quizás por ello se les mira con desprecio en ciertos ambientes (1 Sm 10,11-12; 19,24; cf. más tarde 1 Re 18; 2 Re 9,11; Os 9,7).

• Durante la monarquía

Estos grupos perdurarán hasta después de la monarquía, unos claramente como profetas de Baal, por ejemplo en la corte de Jezabel (1 Re 18,19ss), otros integrados plenamente en la religión de Israel (1 Re 22, aunque no merecen la plena confianza de Josafat, rey de Judá). También les domina el espíritu «que está en su boca» (1 Re 22,22). Es verdad que saltan y

brincan (1 Re 18,26.28; 1 Re 22,10), pero a través de ellos se espera una respuesta de Dios (1 Re 18,24-29; cf. 2 Re 1,2). Con grupos de éstos estuvieron relacionados Elías y Elíseo. Viven juntos y organizan la vida en torno a un maestro (2 Re 4,38; 6,1), a quien llaman «padre» (2 Re 6,2.12.21; cf. 2,12). Socialmente andan escasos de recursos (así Guejazi en 2 Re 5), llenos de deudas (2 Re 4,1-7), llegando a constituir para ellos un problema la comida (2 Re 4,38-42) o que se pierda un hacha (2 Re 6,1-7). Desconocemos si surgieron como fruto de una crisis generalizada (2 Re 6,25) o espontáneamente, el caso es que se constituyeron en grupos conservadores a ultranza de la religión patriarcal y estaban inadaptados respecto a las costumbres cananeas. Quizá por ello lograron poco a poco una especial libertad de trato tanto con reyes como con plebeyos, y una cierta independencia social y económica. Ciertamente fueron muy importantes para la pervivencia del yahvismo y para la historia del profetismo. Entre ellos debió acuñarse por primera vez la frase «ser profeta», es decir, hablar en nombre del Señor. Es en esta época cuando va apareciendo uno de los nebiim como jefe del grupo. Se distingue sobre todo porque mediante él se puede consultar al Señor. Es importante concluir con una anotación: estos grupos aparecen sobre todo en relación con Saúl o con Eliseo (israelitas) y geográficamente en la parte meridional del reino del Norte (territorio de Benjamín). Por lo demás, dada su relación con los grupos proféticos de Baal, puede suponerse un origen cananeo al término.

b) «Nabí»: profeta

Es en la época monárquica cuando aparece la palabra en singular, tanto en masculino como en femenino, con un uso muy variado. Veamos algunos datos significativos.

• En la monarquía unificada

Gad y Natán son personajes que actúan solos y no en grupo. A Gad se le llama también «vidente» (2 Sm 24,11) y tiene tres clases de actuaciones principales: cierta relación con el culto (2 Sm 24,18), función de consejero real (1 Sm 22,5) y palabras de condena al rey (2 Sm 24,11-12). Lo mismo podríamos decir de Natán, de quien conocemos el oráculo sobre la construcción del templo (2 Sm 7), sus intrigas y consejos al rey (1 Re 1,23-27; cf. vv. lss) y las duras palabras a David por su pecado (2 Sm 12,lss). En este apartado podríamos citar también a Samuel (es profeta en 1 Sm 9,9), aunque no suele aparecer en las listas de profetas. Entre sus funciones destaca el aspecto político de fundador de la monarquía (1 Sm 8-12), pero no era tampoco ajeno al culto; de hecho «a él le corresponde bendecir el sacrificio», según 1 Sm 9,13, y por cuestiones de culto se enfada con Saúl y le anuncia la caída de su reinado (1 Sm 13,13-14; 15,22-23).

Es posible que el aspecto de la condena sea el que con más fuerza ha llegado hasta nosotros, pero él sólo no llena la compleja función del «profeta» en este tiempo. Se trata normalmente de personajes de corte, que sin embargo conservan una cierta distancia y libertad de palabra respecto a la persona del rey para aconsejarle y para reprenderle. No olvidemos que, según las fuentes, Samuel (1 Sm 10,lss; 1 Sm 16) y Natán (1 Re 1, 32ss) ungen reyes.

• Durante la monarquía dividida

Es la época del llamado «profetismo clásico». Una serie de nombres ilustres jalonan la historia: Aías de Silo (1 Re 11,29; 14,2.18), Jehú (1 Re 16,7.12), Elías (1 Re 18,36), Miqueas, hijo de Yimlá (1 Re 22,8ss), Eliseo (2 Re 6,12; 9,1), un discípulo de éste (9,4), Jonás (14,25), Isaías (19,2; 20,1.11.14), la profetisa Huidá (2 Re 22,14), etc. Son personas por medio de las cuales se puede consultar al Señor, pero no están sólo a disposición de los reyes, sino de cualquiera; más aún, algunos de ellos desaparecen cuando el rey les quiere consultar algo (1 Re 18,9-14), por supuesto, no exclusivamente referente al culto. No viven en la corte, pero influyen con sus oráculos; incluso ocasionalmente ungen reyes (2 Re 9). Parece como si en esta época se hubiera producido un cierto distanciamiento de la corte por parte de estos personajes. De hecho, se ponen a disposición de todas las personas individuales que deseen consultar al Señor o solucionar sus problemas. Pero falta todavía un paso importante para llegar a la gran época profética, la de los «profetas escritores»: dirigirse al pueblo en su conjunto, lo pidan (Jr 42) o no, para transmitirles la Palabra del Señor.

- Los profetas posteriores y el título de nabí

En la época de la monarquía dividida es cuando da comienzo el fenómeno profético en el sentido más estricto, aquél para el que los judíos utilizan la denominación de «profetas posteriores». No se han acabado los grupos proféticos, ni mucho menos esos profetas individuales de los que hablábamos en el párrafo anterior (de la mayoría de los cuales sólo conocemos algunas intervenciones puntuales); pero es en esta época cuando aparecen esos personajes que denominamos propiamente «profetas», de quienes conocemos colecciones de oráculos más o menos largos, recogidos en libros que llevan su nombre. Sin embargo, la denominación de «profetas» no perdió sus connotaciones sincretistas originarias, por lo que su uso se generalizó sin problemas.

b) Historia del profetismo israelita

Los datos ya adquiridos sobre el uso del término nabí nos permiten ahora dibujar los rasgos principales de la historia del profetismo israelita, que resumimos en los siguientes puntos: • El fenómeno carismático, signo de la presencia de la divinidad en la vida de los hombres, que se encuentra en casi todos los pueblos, se hace presente también en el primitivo Israel por medio de los jefes de familia en la época nómada. Por medio de visiones, sueños, y otros fenómenos paralelos conocían el deseo o la voluntad de la divinidad. La palabra del patriarca era en tales casos determinante. • Los grupos de nebiim, que los primeros israelitas encontraron en la tierra de Canaán, fueron relacionándose poco a poco con ese fenómeno, que se había ido manifestando en personalidades especiales como Josué o los denominados «jueces». La evolución de estos grupos, en donde comenzó a destacar la figura de un «jefe» que hablaba en nombre de la divinidad, favoreció la aplicación del término nabí, en singular, a toda persona que alegara hablar en nombre de Dios. • Al institucionalizarse la forma de gobierno monárquica, cobró realce la figura del perito en cuestiones divinas. El rey le consulta todas las decisiones graves de gobierno, así como las empresas militares. Con el pasar del tiempo la figura del nabí encarna el contrapunto crítico de la monarquía. • Ese personaje fue acostumbrándose a ver la realidad desde palacio y perdió su carácter de contraste respecto a las

decisiones del rey. Esta característica siguió en aquellos espíritus clarividentes y decididos que optaron por salir de la corte. Vivían pobremente, a veces perseguidos y, al tiempo que denunciaban los abusos que se podían cometer, respondían a las consultas de todas las gentes que se les acercaban, fueran éstos israelitas o extranjeros. • El último y definitivo paso en este proceso es la aparición de las figuras de los grandes profetas «posteriores», que, si bien ocasionalmente dialogaban con los reyes o con las gentes individuales, se caracterizan por predicar a todo el pueblo, exigiendo la conversión ante el juicio inminente de Dios que anuncian. Estos son los que posteriormente han acaparado el nombre de «profetas».

ASPECTOS A TRABAJAR:

1. Haga un mapa del Antiguo Oriente y ubique las regiones donde se manifestó fenómeno profético.
2. Haga un cuadro comparativo presentando las características de cada experiencia profética extrabíblica.
3. Explique el significado de los distintos nombres que se ha dado a los responsables de ejercer función profética.
4. Desarrolle la diferencia entre hozéh, roeh, hombre de Dios, soñador y nabí (utilice los textos bíblicos que aparecen en el material con relación a cada término)
5. Elabore el desarrollo terminológico del sustantivo nabí y los distintos elementos que le han ido caracterizando.
6. Explique qué son los “Grupos de los profetas” en relación con Samuel y “Los hijos de los Profetas” en relación con Eliseo.
7. Desarrolle la relación histórica entre Profeta y Monarquía en Israel.